

ARTISTAS

“Volver es pertenecer”

Nemesio Antúnez regresa con una retrospectiva y muchas ganas de quedarse

POR ANA MARIA FOXLEY

De estatura imponente, mirada dulce y gestos pausados, Nemesio Antúnez habla desde el recuerdo y la nostalgia, un terreno en el que se ha movido por largo tiempo fuera del país, primero libremente y luego obligado por las circunstancias. Salió hace siete años de Chile, dejando tras sí una amplia labor como director del Museo de Bellas Artes y una huella pictórica y gráfica, reconocida por muchos.

Aunque aquí nunca recibió grandes premios, porque siempre estuvo organizando concursos o siendo jurado para otros, su obra se ha expuesto en los más importantes museos del mundo. No venía a Chile desde 1979, y esta vez lo hace para explorar la posibilidad del retorno definitivo. Trae una completa retrospectiva de diez años de pintura que exhibirá en Galería Sur desde el 5 de noviembre y algunas acuarelas recientes que exhibirá desde el 11 en Galería del Cerro, junto a los tapices de Patricia, su mujer de nacionalidad boliviana.

Desde que a los 17 comenzó con esas acuarelas “rajadas”, “chorreadas”, de figuras en movimiento, nunca echó pie atrás a su vocación. A pesar de la carrera de Arquitectura, que su padre de familia burguesa y tradicional insistía en imponer, a pesar del Master que obtuvo en la U. de Columbia, se entregó completamente al llamado de la forma y el color. Impactado por la ciudad de Nueva York, a los 25 años comenzó a plasmar en la tela y el papel a unos hombres pequeños, transformados en esencias diluidas en medio de la urbe aplastante de fierro y cemento, pequeñas cabezas de alfiler, aglomeraciones humanas.

“Pensando en Chile”

Luego vendría la experiencia en el Taller 17, de William Hayter, en Nueva York y París, donde no sólo aprendió la técnica del grabado sino a enfrentar colectivamente la producción artística. Repitió la experiencia en Chile y dejó una marca en los artistas que tuvieron la oportunidad de trabajar con él, en el Taller 99, que sería el germen de la Escuela de Arte de la U. Católica.

Antúnez pinta en series temáticas, acer-

cándose a la realidad como en sucesivas visiones interiores, con líneas ágiles, precisas, sintéticas. Bicicletas, volcanes, cammas, tangos..., muchos y distintos tangos, formas sinuosas y sensuales que expresan el encuentro de seres humanos solos, perdidos en la ciudad. Vuelve reiterativamente a esos temas y lo hace cada vez con más libertad formal y más color.

Vive en Londres y pasa todo el día pintando en su taller. Y enseña. Cada dos semanas da orientaciones a los alumnos de post grado de la Royal School of Arts, donde también está contratado Roberto Matta. Pero tiene la mirada puesta en su país: “Estoy continuamente pensando en Chile. Los recuerdos y las experiencias que vivo las traslado para acá”.

Con un sentido claro de su función, piensa que “el artista debe ser un testigo de su tiempo. Yo hago lo mismo que Rugendas. Pinto lo que veo y vivo, en distinta época y con distinto estilo, igual que él”. Se nutre con la vida, el amor y la amistad, una palabra que declara sagrada y que se preocupa de cultivar. Su obra está



Tangos: formas sensuales, seres solitarios

impregnada de poesía revelando a un lector impenitente de Neruda, Vallejo, Huidobro, Dylan Thomas, Paul Eluard y a un ilustrador, del mismo Neruda, de Parra, de Ginsberg.

¿Por qué la poesía? “Porque yo soy poeta, soy poeta. No porque escriba sino porque vivo la poesía. Veo la realidad como una alucinación, hago de la realidad una visión”.

—¿Qué poetas lo marcaron más, en su vida y en su obra?

—Neruda. Porque me hizo ver a Chile. A mí y a muchos otros, nos dio una visión grandiosa, maravillosa. Con él tuve una relación muy grande... lo quiero mucho... y lo recuerdo todos los días. Sí, por eso le dije que soy fiel a los amigos.

—¿Entonces más que la patria, la tierra, son los amigos que lo hacen volver?

—Volver es tener contacto con los seres humanos, comprar el diario, tomar un taxi y poder hablar en mi propio idioma. Es pertenecer. Allá no se siente nunca eso. Yo paso solo en mi taller y mientras pinto

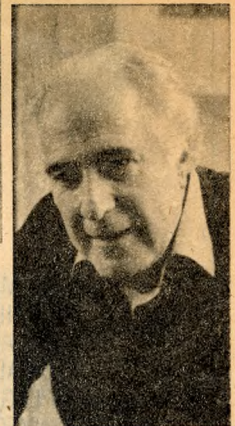
le escribo mentalmente a Eduardo Vilches y después no sé si le envié la carta o no, y luego pinto tanguerías, y ahí aparecen Roser Bru, Luz Donoso, la flaca Solimano. Tengo un diálogo permanente con los amigos.

—¿Cómo ha asumido en su obra la historia social de Chile de los últimos años?

—Cuando fui director del Museo tuve una vida intensa. No paré. Y vino el golpe y tuve un choque muy fuerte. Me fui a un pueblito español, cerca de Barcelona, con cabras, con ovejas, con pastores, solo. De repente me había quedado sin nada. Ahí pinté unos cuadros del incendio de La Moneda y la serie *El estadio negro* y también a Víctor Jara, que era un amigo y había muerto. Igual que Rugendas, quise dejar testimonio de mi época. No en un sentido político, sino como un dolor humano que yo viví y transformé en pintura, en símbolos, no en panfleto.

—¿Cuál cree que ha sido su aporte a la comunidad?

Creo que ayudé a mi sociedad como director del Museo de Arte Contemporáneo



Nemesio Antúnez: “Veo la realidad como una alucinación”

y del Museo de Bellas Artes. Y no lo hice por plata, porque ganábamos muy poco; lo hice porque creía, di mi vida en eso. Con mucha violencia y ataques de mucha gente. El Museo, un lugar muerto, que daba vergüenza, se transformó en un centro cultural, donde había poesía, ballet, pintura, rock, donde estuvieron Los Blops y Los Jaivas. También creé, creamos, el Taller 99, un lugar donde todos cooperábamos, comprábamos los materiales y no ganábamos dinero. Los valores y la amistad que nacieron ahí no se han roto y todavía los siguen practicando los que salieron de allí. En definitiva lo que quise dar a Chile son mis imágenes y traté de darlo lo mejor posible, en ejecución y claridad.●

ARTISTAS

"Volver es pertenecer"

Nemesio Antúnez regresa con una retrospectiva y muchas ganas de quedarse

POR ANA MARIA FOXLEY

De estatura imponente, mirada dulce y gestos pausados, Nemesio Antúnez habla desde el recuerdo y la nostalgia, un terreno en el que se ha movido por largo tiempo fuera del país, primero libremente y luego obligado por las circunstancias. Salió hace siete años de Chile, dejando tras sí una amplia labor como director del Museo de Bellas Artes y una huella pictórica y gráfica, reconocida por muchos.

Aunque aquí nunca recibió grandes premios, porque siempre estuvo organizando concursos o siendo jurado para otros, su obra se ha expuesto en los más importantes museos del mundo. No venía a Chile desde 1979, y esta vez lo hace para explorar la posibilidad del retorno definitivo. Trac una completa retrospectiva de diez años de pintura que expondrá en Galería Sur desde el 5 de noviembre y algunas acuarelas recientes que exhibirá desde el 11 en Galería del Cerro, junto a los tapices de Patricia, su mujer de nacionalidad boliviana.

Desde que a los 17 comenzó con esas acuarelas "rajadas", "chorreadas", de figuras en movimiento, nunca echó pie atrás a su vocación. A pesar de la carrera de Arquitectura, que su padre de familia burguesa y tradicional insistía en imponer, a pesar del Master que obtuvo en la U. de Columbia, se entregó completamente al llamado de la forma y el color. Impactado por la ciudad de Nueva York, a los 25 años comenzó a plasmar en la tela y el papel a unos hombres pequeños, transformados en esencias diluidas en medio de la urbe aplastante de fierro y cemento, pequeñas cabezas de alfiler, aglomeraciones humanas.

"Pensando en Chile"

Luego vendría la experiencia en el Taller 17, de William Hayter, en Nueva York y París, donde no sólo aprendió la técnica del grabado sino a enfrentar colectivamente la producción artística. Repitió la experiencia en Chile y dejó una marca en los artistas que tuvieron la oportunidad de trabajar con él, en el Taller 99, que sería el germen de la Escuela de Arte de la U. Católica.

Antúnez pinta en series temáticas, acer-

cándose a la realidad como en sucesivas visiones interiores, con líneas ágiles, precisas, sintéticas. Bicicletas, volcanes, camas, tangos..., muchos y distintos tangos, formas sinuosas y sensuales que expresan el encuentro de seres humanos solos, perdidos en la ciudad. Vuelve reiterativamente a esos temas y lo hace cada vez con más libertad formal y más color.

Vive en Londres y pasa todo el día pintando en su taller. Y enseña. Cada dos semanas da orientaciones a los alumnos de post grado de la Royal School of Arts, donde también está contratado Roberto Matta. Pero tiene la mirada puesta en su país: "Estoy continuamente pensando en Chile. Los recuerdos y las experiencias que vivo las traslado para acá".

Con un sentido claro de su función, piensa que "el artista debe ser un testigo de su tiempo. Yo hago lo mismo que Rugendas. Pinto lo que veo y vivo, en distinta época y con distinto estilo, igual que él". Se nutre con la vida, el amor y la amistad, una palabra que declara sagrada y que se preocupa de cultivar. Su obra está



Tangos: formas sensuales, seres solitarios



Nemesio Antúnez: "Veo la realidad como una alucinación"

impregnada de poesía revelando a un lector impenitente de Neruda, Vallejo, Huidobro, Dylan Thomas, Paul Eluard y a un ilustrador, del mismo Neruda, de Parra, de Ginsberg.

¿Por qué la poesía? "Porque yo soy poeta, soy poeta. No porque escriba sino porque vivo la poesía. Veo la realidad como una alucinación, hago de la realidad una visión".

—¿Qué poetas lo marcaron más, en su vida y en su obra?

—Neruda. Porque me hizo ver a Chile. A mí y a muchos otros, nos dio una visión grandiosa, maravillosa. Con él tuve una relación muy grande... lo quiero mucho... y lo recuerdo todos los días. Sí, por eso le dije que soy fiel a los amigos.

—¿Entonces más que la patria, la tierra, son los amigos que lo hacen volver?

—Volver es tener contacto con los seres humanos, comprar el diario, tomar un taxi y poder hablar en mi propio idioma. Es pertenecer. Allá no se siente nunca eso. Yo paso solo en mi taller y mientras pinto

le escribo mentalmente a Eduardo Vilches y después no sé si le envié la carta o no, y luego pinto tanguerías, y ahí aparecen Roser Bru, Luz Donoso, la flaca Solimano. Tengo un diálogo permanente con los amigos.

—¿Cómo ha asumido en su obra la historia social de Chile de los últimos años?

—Cuando fui director del Museo tuve una vida intensa. No paré. Y vino el golpe y tuve un choque muy fuerte. Me fui a un pueblito español, cerca de Barcelona, con cabras, con ovejas, con pastores, solo. De repente me había quedado sin nada. Ahí pinté unos cuadros del incendio de La Moneda y la serie *El estadio negro* y también a Víctor Jara, que era un amigo y había muerto. Igual que Rugendas, quise dejar testimonio de mi época. No en un sentido político, sino como un dolor humano que yo viví y transformé en pintura, en símbolos, no en panfleto.

—¿Cuál cree que ha sido su aporte a la comunidad?

Creo que ayudé a mi sociedad como director del Museo de Arte Contemporáneo

y del Museo de Bellas Artes. Y no lo hice por plata, porque ganábamos muy poco; lo hice porque creía, di mi vida en eso. Con mucha violencia y ataques de mucha gente. El Museo, un lugar muerto, que daba vergüenza, se transformó en un centro cultural, donde había poesía, ballet, pintura, rock, donde estuvieron Los Blops y Los Jaivas. También creé, creamos, el Taller 99, un lugar donde todos cooperábamos, comprábamos los materiales y no ganábamos dinero. Los valores y la amistad que nacieron ahí no se han roto y todavía los siguen practicando los que salieron de allí. En definitiva lo que quise dar a Chile son mis imágenes y traté de darlo lo mejor posible, en ejecución y claridad. ●